



XXIV PREGÓN DE LA ROMERÍA DE NUESTRO SANTO PATRÓN SAN BENITO ABAD



Mayordomos:

Pedro Moreno Gento

Miguela González Benítez

Pregonero:

Juan Rico Pérez

El Cerro de Andévalo, 4 de mayo de 2006



Introducción

Fiel a su cita llega el jueves de lucimiento, umbral de nuestra romería y en el que se anuncia su inmediata celebración.

La gaita y el tamboril nos recuerdan que la fiesta se acerca y se acelera el pulso ante la llegada de los acontecimientos.

De nuevo sentimos en nuestro interior esa fiebre que nos inunda cuando aquello que nos llena se aproxima.

Añejas tradiciones, ritos, símbolos, bailes, danzas..., reflejo de las costumbres de las diferentes civilizaciones que por el Andévalo pasaron, se dan cita en un sincretismo religioso que ha sabido conservar el cristianismo para honrar y dar culto a San Benito y que hace a nuestra fiesta diferente y atractiva.

Nuestro pueblo celebrará en los próximos días su romería, la romería de San Benito, lo que supone vivir instantes emotivos, intensos, porque renacen en nosotros unos sentimientos que son una amalgama de recuerdos, propósitos, actos de fe, deseos de comunicación y encuentro con la propia identidad. Porque en nuestra fiesta hay comunión, sentido de la faena colectiva y búsqueda de símbolos fundamentales que echaron raíces en el código genético de nuestro espíritu.

Las fiestas tradicionales son edificios construidos en el tiempo. Son costumbres que es necesario vivir porque somos conscientes de su significado y porque se trata de celebrar en el interior de cada uno y en el



grupo del que formamos parte los aspectos más importantes de la vida como son la alegría, el amor y la esperanza.

Tenemos claro que nuestra romería es algo que se vive porque forma parte de nuestras costumbres y es una manifestación de la vida de nuestro pueblo.

No quiero que nuestra fiesta se convierta en un reclamo para visitantes que son instados a acudir gracias a inyecciones de curiosidad y atraídos por una oferta más del ocio consumista.

Sí deseo que a la romería de San Benito se llegue con el ánimo receptivo, puesto en la participación. Y para preparar este ánimo hay que comprender qué significa nuestra fiesta. En qué medida involucra a quienes la viven. Hay que asumir sus raíces, las circunstancias históricas y el carácter mismo del mensaje que encierra.

La celebración de la romería responde al impulso de esta comunidad en pos de sus señas de identidad y es como el aceite, el agua o el pan. Es eso: un alimento más. En ella, nuestros romeros se integran en el grupo y, festejos aparte, esperan de esta marcha hacia la ermita de San Benito, un beneficio que habrá de recaer sobre él a través de toda la comunidad.

En la romería, más que una búsqueda de las cuestiones más trascendentes a nivel individual, el sambenitero pide a Dios, a través de nuestro Santo Patrón, soluciones a las necesidades de la comunidad tales como: remedios para las cosechas, para el ganado, para las enfermedades, agua para nuestros campos, trabajo en la comarca.



Buenas Noches

- Bienaventurado Señor San Benito Abad.
- Mayordomos. Mayordomía.
- Venerable Padre Benedictino.
- Director Espiritual de la Hermandad.
- Autoridades.
- Señor presidente y Junta de Gobierno de la Hermandad.
- Hermandades que nos acompañan.
- Sambeniteros.
- Cerreños.
- Señoras, señores, amigos todos.



Pregón

Al empezar este pregón, quiero agradecer públicamente la confianza y el cariño depositado en mi persona por los mayordomos Pedro y Miguela, para la elaboración y presentación de este acto, que constituye una invitación a todos para la romería de nuestro patrón, el Bienaventurado Señor San Benito Abad.

Muchas han sido las dudas y vacilaciones que me han asaltado desde que el domingo de Pentecostés, recién terminada la romería del año pasado; Pedro y Miguela me lo propusieron. Muchas eran también las razones por las que debía de aceptar. Pedro y yo fuimos compañeros de Junta de Gobierno y trabajamos muchos fines de semana junto a otros componentes y otros devotos para ampliar las infraestructuras de la Hermandad. Además ante su disposición a ser mayordomo siempre le ofrecí mi ayuda por si la necesitaba y también porque me siento orgulloso de tener el privilegio de contar lo que me apasiona de nuestra romería. Así que si Pentecostés fue el día en que el Espíritu Santo vino para animar a los apóstoles e infundirles valor para hacer frente a los temores que les tenía escondidos y les dio la luz que transformó a aquellos sencillos pescadores galileos en predicadores de la nueva doctrina, también yo invoqué al Espíritu Santo y a San Benito para que me guiaran y fuera la persona indicada para dirigirme a todos vosotros en nombre de los mayordomos y de la Hermandad en este acto eminentemente festivo y popular.

Antes de ponerme manos a la obra quise mirar hacia mi interior, más que nada ordenar y airear, escarbar en el pozo de la memoria, reparar algunas cosillas y dar cuerda a algunos ingenios que andaban parados.



En nuestra romería hay fe y sentido religioso para el que quiera verlo. Hay entrega y compromiso para los que ponen el corazón. Es una manifestación cultural pero fundamentalmente religiosa y debemos protegerla del riesgo real de que se le secuestren sus valores cristianos y se convierta en un mero espectáculo de interés turístico. Desde aquí una llamada a la reflexión y a la reivindicación como un fenómeno fundamentalmente religioso, aunque sin olvidar que desde antaño las fiestas religiosas fueron siempre no solo litúrgicas y eclesiásticas sino también inseparablemente fiestas populares.

Dice Juan Infante Galán en su obra sobre las fiestas populares en Andalucía que ... *el dogma, la fe, las creencias, de tal modo estaban enraizadas en la vida del pueblo, que brotaban en mil diversas formas de expresiones populares. La fe alegre y exultante del pueblo enlaza y aún de admirable modo, en el contexto general de la cultura del barroco, fe y folclore, regocijo y doctrina.*

Reseñar que esta festividad católica no está reñida, en modo alguno con el baile del cuerpo y el cante del alma que algunos puedan considerar como un estrato pagano. Más bien habría que considerarlo como una oración o una manifestación de religiosidad popular manifestada a través de unos valores: fe, amor y devoción hacia San Benito mediante un culto sencillo, espontáneo y peculiar, todo ello compensado y comprendido con los rasgos propios de nuestra tierra: entusiasmo, alegría, fervor... en definitiva, fiesta popular.

En nuestra romería también hay tradición... y me refiero a mantener una llama que se enciende oficialmente a finales del siglo XVI pero que ya



resplandecía en el siglo XV y que generación tras generación se preocupa de mantenerla encendida.

Y por supuesto hay belleza, arte... contemplar el colorido y majestuosidad de esta manifestación resulta tan fácil para quienes están en contexto, como difícil para quienes jamás se encontraron con semejante estampa.

También somos un referente y un ejemplo a seguir para otras hermandades.

Por ser nuestra romería fundamentalmente religiosa; os digo que el sentimiento religioso es inherente a la especie humana; sin embargo, las creencias no surgieron entre las preocupaciones de la especie hasta que ésta no comenzó a constituirse en sociedad. Hace falta una sociedad constituida para que nazca en ella un sentimiento trascendente. Sólo esperanza y temores compartidos pueden llegar a conformar una doctrina.

El sentimiento religioso nace, pues, de la vida en común; sin ella, lo trascendente no sería más que un conjunto de temores y es la sociedad la que empuja al individuo a hacerles frente, a tratar de explicarlos y a sacar consecuencias que configuren sus estructuras espirituales y dichas estructuras aún siendo individuales son comunes a todo el grupo que las comparte.

Nuestro Andévalo ha sido tartésico. Los fenicios y cartagineses atraídos por nuestras minas establecieron un importante comercio con la región. Los romanos trazaron rutas y caminos. El pueblo celta, bajando por



Portugal, ocupó la Andalucía Occidental. Los árabes también se asentaron en nuestra zona.

Estas civilizaciones trajeron unas religiones que fueron siendo absorbidas unas por otras y que la mayoría se fundamentaban en la naturaleza, fertilidad y en la reanudación de la vida tras la muerte.

De su estudio se deduce que el mito prevalece sobre lo real. Es decir, que acostumbraban a servirse de la imaginación para interpretar lo que veían. El mito se apoyó en lo divino y en lo irreal, lo que nunca puede verse como una contradicción.

Si reconocemos que la naturaleza humana contiene una gran carga de irracionalidad, resultará más fácil comprender que el mito es un hecho aislado, fuera de toda lógica - por lo tanto incatalogable - pero que existe en el ánimo de toda la raza humana. El mito es tradición sagrada, revelación primordial, modelo ejemplar.

El mito alimenta el enigma. Se apoya en una base real a la que idealiza para representar las esencias profundas en la inquietud humana.

En el momento que el mito se convierte en símbolo resulta más fácil construir leyendas, historias mágicas y comunicaciones orales, cuyos mensajes quedan atrapados en el subconsciente de los pueblos.

El mito supone pues, el más hermoso respaldo del pasado.



Nuestra romería contiene muchos símbolos y ritos que bien podrían tener unos orígenes y unos honores dirigidos en otros tiempos a alguna deidad o alguna Diosa Madre y que se fueron mezclando con el complejo cultural cristiano quedando como trasfondo de muchas costumbres y tradiciones populares.

Es sobre algunos de estos símbolos: las bandas, el Cristo, la danza de las espadas y la folía sobre los que quiero basar mi pregón ya que siempre me apasionaron.

Las bandas

Es indiscutible que la figura del mayordomo es ejemplar y significativa a través de la historia de la romería, y orgullosos deben sentirse los que lo han sido.

Las bandas son su distintivo y tienen su origen en las órdenes religiosas, civiles y militares. Es un distintivo de reconocimiento a un mérito contraído. Nuestro mayordomo ocupa un cargo de suma relevancia, es el guía, el alma de la romería y tiene misiones que cumplir en el plano social, ritual y espiritual.

Este año, Pedro, esas bandas las llevas tú y habrás notado que imprimen valor, sacrificio, humildad, tolerancia, pureza, entrega, amor, sentimientos religiosos... Valores característicos de San Benito, que estoy seguro te ha ayudado y te ayudará en tus funciones y en esa fe que ahora se acrecienta y que te perdurará en el tiempo.



Pedro, Miguela; quiero que sepáis que estáis escribiendo una página en la historia de nuestro pueblo. Que habéis pasado a formar parte de una cadena espiritual que une a muchos cerreños con San Benito y de la cual sois el último eslabón. Que esas bandas que tú, Pedro, llevas puestas y que en el día de hoy con orgullo y sentimiento has paseado por las calles de nuestro pueblo y que durante este año han ocupado un lugar preferente en tu hogar y que han recibido muestras de cariño, atención, respeto y hasta devoción, le van a contar al Santo que más queremos todas tus vivencias, sensaciones, generosidad, sentimientos... en esa noche mágica del próximo Domingo en el que tú se las cederás y él, gustosamente las tendrá puestas. Y en ese tiempo, sobre él se descargarán todas esas emociones vividas hasta dejarlas vacías y así poder empezar a impregnarse de nuevos sentimientos en otra mayordomía.

Quiero reflexionar en voz alta y decir que las bandas, símbolo principal de nuestra romería, pasan a abrazar a la divinidad como queriéndole decir: Tú eres un miembro más de nuestra comunidad y queremos que compartas nuestros sentimientos para que nos comprendas mejor. Esto ha sido siempre así y se refleja, no pocas veces, en las coplas en las que el Santo Patrón es identificado con el pueblo mismo como en este fandango de El Cerro que constituye una verdadera manifestación de pertenencia a la comunidad:

Viva El Cerro que es mi tierra

San Benito es mi Patrón

Viva la gente del Cerro

Porque del Cerro soy yo.



En ese tiempo en el que el Santo permanece con las bandas, éstas quedan impregnadas de una energía positiva, energía que pasa al mayordomo y que hace que el cerreño lo mire como un ser especial, como un intermediario entre el pueblo y el Santo. Así le tenemos un respeto que lo manifestamos no rompiendo nunca el protocolo de la romería. También queremos que esté presente en los actos civiles y religiosos del año y por último, hasta le hacemos perder su apodo, que es como se conoce a las personas en este pueblo. En ese año sólo será nombrado como el mayordomo, porque lo consideramos en un plano intermedio y más cercano al Santo.

Pedro, Miguela, disfrutad de vuestra mayordomía. Este será el año que siempre tendréis presente en el calendario de vuestras vidas; estos días quedarán grabados en vuestros corazones con la tinta imborrable de la felicidad y del gozo que tuvisteis en vivirlo.

Gracias, Mayordomos, por potenciar lo nuestro, aquello que nos llena y con lo que nos sentimos identificados. Gracias porque mostráis los elementos de la indumentaria tradicional cerreña, exponente de la idiosincracia de nuestro pueblo y signo identificador de nuestra romería.

Gracias, Mayordomos, por vuestros corazones abiertos a todas las actitudes, por vuestro trabajo, sacrificio y compromiso marcado con la generosidad.

Que esta mayordomía sirva para que San Benito os acompañe en los caminos de la vida y para que vuestros corazones se alimenten de gratos recuerdos y sea la levadura anímica que haga crecer ese pan necesario que



en ciertas etapas de la vida se cuece lenta y gratamente en el horno de los sentimientos.

En este apartado de mayordomía quiero traer a la memoria a mis queridos padres. Pepa “la jacinta” y Juan “el gordito”, mayordomos de San Benito en el año 1950. Hoy los dos, desde el cielo, sé que asisten como invitados de excepción a este pregón y siento sus palabras de aliento y también sus gestos de orgullo de unos padres sambeniteros satisfechos porque la tradición continúa arraigada. Su recuerdo en estos días me da fuerza y valentía.

Quiero agradecer la atención y generosidad que recibí de ellos a los que hoy especialmente, dedico mi recuerdo.

A mi madre Pepa, nadie mejor que ella para entender el don del sacrificio y de la resignación.

A mi padre Juan, por su generosidad, arrojo y gallardía, ¡sambenitero hasta la médula!

¡Cuánto siento no haber disfrutado de su romería! Aún no había cumplido los 4 años y a esa edad sólo se recuerdan actos aislados y fugaces. En las fiestas, mi hermano Lorenzo y yo, teníamos el sarampión. Bartolomé aún no había nacido.

Sí recuerdo que nos quedamos en casa al cuidado de Tía María la del “Monte Abajo”. El lunes, cuando el regreso de la romería, ya estábamos



mejor y mi padre me montó en su caballo y junto a él hice el recorrido por el pueblo y la gente gritaba: ¡Viva el Gordito! Y admito que me sonrojaba.

Hay otros hechos que también tengo presentes pero no sabría decir si fueron de ese año o de romerías posteriores porque mi padre siempre estuvo muy cerca de la Hermandad. Recuerdo a Juan el tamborilero que comía y se quedaba en casa y alegraba con sus toques las tardes anteriores a la romería.

En este año de 1950, visitó nuestro pueblo Don Julio Caro Baroja, etnógrafo de reconocido prestigio. Y su equipo de trabajo fotografió a mis padres en la puerta de la ermita. Primeras fotografías en color de la época que han aparecido en periódicos, revistas y en su libro *De etnología andaluza*. Libro que recoge intereses cerreños históricos, lingüísticos y costumbristas, que es un completo temario etnográfico sobre agricultura, ajuar, alimentación, arquitectura popular, artesanía... y cómo no, de nuestra romería, de sus bailes, danzas, trajes, joyas... y en el que llega a decir que El Cerro guarda un tesoro poco conocido: su Romería, de la que entre otras cosas dice... *“la subida de yeguas y caballos a San Benito, los aires de tamboril, las danzas de espada, los trajes, todo tenía un regusto arcaico y lírico como de comedia campestre de Lope o Tirso”* ...

En los preparativos de la romería de mi niñez, ¡cuántos desvelos prematuros por vivir la romería! Caballos de caña con cara de calcetín relleno de aserrín y orejas de cartón, bandas de pitaña y a correr calle El Pozo arriba, calle El Pozo abajo, queriendo arrancar chispas al empedrado. La romería se presentaba ante mis ojos grandiosa, espectacular y ceremoniosa. Al grito de ¡Viva el mayordomo! Mis ojos quedaban fijos en



ese colorido que alcanzaba El Cerro, producto de las vestimentas de jamugueras y lanzaores. Los chiquillos corríamos al compás de la caballería por las estrechas calles del pueblo, entre el relinchar de caballos, tamborilero, mayordomo, jamugueras, lanzaores y un ¡viva San Benito! entre el tumulto alborotado, pero... no íbamos al santuario. Esperábamos la vuelta con burros engalanados y al final comíamos el turrón, las avellanas y las rosquillas que en las alforjas nos traían nuestros padres.

Mi primera visita al santuario fue cuando tenía 10 años, había muerto mi abuela Isabel “la Jacinta” y toda la familia nos fuimos al campo, a la cobica, y desde allí por Vigilia, acompañando a los vecinos, cogí mi burra y me presenté en la ermita. Entré por el camino de Las Cruces. Me impresionó. La encontré inmensa, blanca, con muchos arcos y al llegar al real sentí una extraña sensación que aún hoy percibo, un escalofrío que sacude levemente mi cuerpo y navega espíritu arriba como si quedara impregnado con una energía positiva que cala y llena de gozo mi espíritu. La ermita se encuentra en un enclave perfecto para disfrutar del paisaje, nutrir la mirada de luz, de color, de sensaciones y captar la energía que emite la naturaleza.

Mi primer encuentro con la imagen que allí se venera fue de extrañeza. En aquellos tiempos yo era monaguillo en el pueblo y en el altar mayor de la iglesia parroquial, don José Mora, el cura en esos años, tenía la imagen de un San Benito que no se parecía en nada al del Santuario.

En años posteriores, tanto en Vigilia como en Romería iba a la ermita acompañando al cura en el coche de Cárdenas para ayudarlo en misa.



Con la llegada de la adolescencia se termina el ciclo escolar primario y para completar mi formación mis padres me mandaron fuera y aquí hay un paréntesis en mi vida sambenitera. Aparecen algunas lagunas como no hacer el camino en esos años de juventud o no llegar a ser lanzaor; pero... ¡cuánto me hubiera gustado lanzar al son del tamborilero! O percibir las sensaciones que el camino delata precisamente en esos años en lo que todo se capta con facilidad.

*Cuántos caminos Señor
Para llegar hasta Tí
Cuántos caminos de fe
Para postrarme ante Tí
Cuántos rezos y plegarias
para acercarme a Tí
Cuántas dudas si estás triste
o estás alegre por mí
cuántas alabanzas al cielo
y siempre pensando en Tí*

El Cristo

Es ese leño ardiendo que el prioste saca en procesión, en la noche del domingo al lunes, alrededor de la ermita y al que besan y acompañan bailando y cantando un grupo numeroso de romeros entre la broma y el respeto, entre lo profano y lo sagrado, entre la alegría y la serenidad; al son de un toque repetitivo y melodioso de gaita y tamboril. No parece tener un



carácter religioso, pero... si analizamos el sentido del fuego encontramos que desde sus inicios ha constituido una entidad asociada a lo desconocido, a lo numinoso; valiéndose de sus efectos, la humanidad ha recurrido a él siempre que ha intentado adentrarse en lo sagrado.

El fuego viene a ser el sustituto del sol cuando parece ausente en la noche o cuando apaga sus energías durante el invierno y como Sol y Dios han sido identificados a través de los tiempos podría ser el sustituto del mismo Dios; de ahí que el cerreño bese al madero ardiendo como si de una reliquia se tratara.

El fuego destruye y purifica. Debemos tener presente que en la noche del domingo, el mayordomo ha cedido las bandas al Santo y la romería va a entrar en una transición en la que se nombrará en la mañana del lunes un nuevo mayordomo y hay que destruir las toxinas de nuestro espíritu, para recibir limpios de corazón a la nueva mayordomía.

Que el leño ardiendo representa la divinidad parece confirmarlo la letra que acompaña a ese toque de gaita y tamboril en la que se rememora la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

No hay duda, el fuego, “El Cristo”, borra nuestras faltas y nos purifica para una nueva romería.

En otros tiempos no muy lejanos, “El Cristo” iba en busca del gentío y por tanto tenía un significado añadido.



Sabemos que en nuestra romería y en los actos que en ella se celebran hay un orden muy preciso, como si la divinidad, representada por nuestro Santo Patrón estuviera sometida a una estricta vigilancia, según un protocolo estudiado, respetado y hecho cumplir. Y parece como que quiere deshacerse, por un tiempo, de las imposiciones de sus representantes. Y por eso, a altas horas de la noche, sin avisar, se mezclaba con el pueblo llano, con los más indigentes, como queriendo compartir copas y a la vez interesarse por sus problemas y tener así otra visión, quizá más real, de los sentimientos del pueblo.

Quiero que tengamos presente que muchos romeros no entran en la iglesia parroquial durante el año. Sin embargo, en Romería sí se acercan al santuario existiendo anécdotas curiosas como la del Tío Carrasquito, abuelo de Inés, mi mujer, que quitándose el sombrero y en la puerta de la ermita cada año se despedía del Santo con esa forma llana del pueblo sencillo:

- *¡De ti depende que el año que viene venga a verte!*

O de aquel otro, mucho más reciente, que sin considerarse cristiano, en la traída del Santo al pueblo con motivo de la celebración del IV Centenario de la Hermandad, subía por el Callejón de las Galanas con el Santo al hombro.



La Danza de las Espadas

La danza de las espadas junto a “El Cristo” son los ritos más ancestrales que se ejecutan en nuestra romería. En muchas ocasiones he oído que nuestra danza tiene reminiscencias vascas e incluso gallegas; sin embargo, muchos autores aseguran que las danzas con armas no son exclusivas de los pueblos del Norte sino que se trata de una costumbre íbera y así el historiador latino Tito Livio afirma que *...los turdetanos se lanzaron en tropel y danzando según su costumbre al ser atacada una ciudad por Asdrúbal en el año 216 antes de Cristo...*

Igualmente otro historiador romano, Diodoro, contemporáneo de Augusto, escribió sobre los lusitanos *...gustan de practicar en tiempos de paz una danza ligera para la que se requiere una gran agilidad; en el combate avanzan a paso rítmico entonando cantos guerreros al atacar al enemigo...*

Que nuestro Andévalo ha sido turdetano, lo confirman muchos restos arqueológicos descubiertos en la zona y el más cercano es el poblado sacado a la luz por un equipo de arqueólogos de la Universidad de Huelva hace pocos años, en los mismos corrales de la pedanía de Montes de San Benito.

Según los historiadores, los turdetanos constituían la parte más aventajada del pueblo tartésico y ocupaban la zona central y norte de la actual Andalucía Occidental.



Creo que esta es la razón por la cual existen en nuestra comarca manifestaciones de este tipo de danza.

Las danzas de espadas están consideradas de carácter propiciatorio, más enfocado a la representación de la muerte y la resurrección o victoria de la primavera sobre el invierno, también están identificadas con el rito de lluvia, por cuanto que ésta supone salud frente a la sequía, sinónimo de enfermedad.

En la danza de las espadas, los autores consideran tres fases que ayudan a la recomposición y visión global de las mismas.

Una primera fase de presentación, con evoluciones suaves. A continuación la parte central, donde se simula una batalla contra el mal. Y por último, se finge un desenlace fatal sobre el guía de la danza y la posterior resurrección del mismo.

En nuestra danza no se aprecia la tercera fase; pero no desestimamos que del conjunto hayan desaparecido elementos coreográficos quedándose en la actualidad incompleta.

La parte primera sólo se escenifica en el interior de la ermita durante la celebración de la misa en un acto considerado como exclusivo y solemne.

La parte central es la más completa y la mejor conservada y en ella se evoluciona formando arcos, círculos, giros, vueltas y revueltas.



El sentido y significado que como género propio posee esta expresión bailada tiene su fundamento en los antiquísimos ritos de prosperidad que impregna la visión de la vida de un sentido dualista al contemplar el matrimonio místico entre el cielo y la tierra. Se atribuye a la espada el valor del símbolo de lo varonil y masculino que encarna el cielo, mientras la tierra representa a la mujer.

Schneider entiende y expone metafóricamente que el cielo, al acercarse y sacrificarse en la tierra, a quien fecunda, muere y su sacrificio requiere una compensación que en los ritos de prosperidad se interpreta con el perecimiento de algún ser importante nacido en la tierra.

Esta interpretación puede simbolizar analógicamente que la primavera mate con la espada al invierno y traspase las nubes para provocar la lluvia, que es el semen fructífero del cielo que fecunda a la tierra. Se expresa el sacrificio con la decapitación del guía que muere para resucitar y proclamar la victoria de la primavera sobre el invierno.

Tomando como modelo-base la estructuración antes expuesta; la primera parte, donde los danzadores evolucionan lentamente, representaría el invierno, la enfermedad de la naturaleza. La segunda parte, con evoluciones más rápidas, simboliza la batalla contra la vida y en la que el guía de la danza ha de ofrecer su sacrificio en beneficio de la comunidad.

En el tercer acto se representa el resurgimiento de la vida.

Como rito de prosperidad, el guía de la danza es el representante del cielo que se sacrifica en la tierra y cuyos sacrificios posibilita a la tierra y al hombre su regeneración.



*De niño siempre soñaba
Que iba a ser lanzaor.
Sobre mi pecho la banda
lanzando como el mejor.*

*Con mi caballo de caña
Siempre a galope tendido
Llevaba un ramo de pitañas
En el monturio cogido.*

*Con palos que recogíamos
Con mis amigos lanzaba
Y llegando el mes de Mayo
La alegría se desbordaba.*

*Y en la danza de la vida
no vi realizado mi sueño
ni pasé bajo su paso
Aunque si puedo sentirlo en mi pecho.*

*Ahora recuerdo esas cosas,
Las añoro con cariño
Cuando en sueños gritaba
¡Viva nuestro Patrón San Benito!*



La folía

La folía es una danza de origen portugués acompañada de música ligera de gusto popular que ha evolucionado hacia un baile de tipo cortesano.

Luis Domingo Delgado, en la revista número cuatro de San Benito, dice que las jamugueras, el domingo de romería, cuando todavía huele a tierra y a mañana, destacan por su frescor y hermosura. Son las mujeres que en este primer domingo de mayo resplandecen, airean sus galas y recalcan su gracia por encima de las flores, del sol y del paisaje. Es su día. Son como diosas juveniles, con su vestido abigarrado, lleno de joyas, amuletos, sortijas, sombrero de plumas,... ojos que iluminan y labios que sonríen. Son la luz, el color y el perfume de nuestra tierra que bailan con delicadeza una danza primorosa, en la que con las manos seducen de forma casi erótica a la hombría tartésica de los lanzaores.

La folía constituye una danza noble, profunda, placentera, en la que la jamuguera hace vibrar todo su cuerpo, con la expresión satisfecha y suavizada de quien se sabe vencedora de antemano en el arte de la seducción. Todos los ojos masculinos han quedado prendidos entre las notas sensuales de la melodía y los movimientos atemporados, fascinadores, de las jamugueras, por eso sus caras están radiantes de luz y de alegría; aunque su rostro mantiene la serenidad propia de la raíz cerreña.

La folía en El Real es un regalo para el espíritu y un regocijo para los sentidos; pero... el Santo no la conoce, ¿es que la folía no es una danza sagrada?, ¿no está destinada a la divinidad?, ¿no son todas las danzas



sagradas?, ¿no habría manera de que el Santo la conociera?, ¿no se le lanza, por qué no se le baila la folía?, ¿no creéis que le gustaría?

Para terminar quiero expresar que ser sambenitero, en el sentido más profundo, significa creer en San Benito, hombre de Dios, que seamos imitadores de él, de lo que vino a enseñarnos, de su amor y entrega a los demás. Significa ser servidores. Intentar llevar una vida más próxima al evangelio, renovarse interiormente; por eso, ser sambenitero no es tarea fácil, porque existe en el hombre una autosuficiencia que, a veces, le impide aceptar lo que no se puede demostrar matemáticamente ni lo que no se puede experimentar en un laboratorio.

Esa autosuficiencia impregnada del orgullo de sentirse lleno de conocimientos y otras veces llenos de riquezas, poder, sensualidad... nos impide intentar comprender el misterio de Dios. El hombre por naturaleza, desea resolver su problema ya, de inmediato, el tiempo es su enemigo, y en Dios el tiempo es una dimensión que no cuenta.

A veces nos encontramos los hombres en el umbral de Dios, pero no pasamos de ahí. Adentrarnos en su esencia, y en la imagen del Hijo de Dios, Jesucristo, lleno de amor y de humildad nos resulta contradictorio; además, el dolor, la enfermedad, la muerte, el hambre... nos confunden y no podemos alcanzar la evidencia del Dios soñado.

Adentrarnos en una fe profunda en Dios, en sus exigencias, en su amor, nos resulta difícil, porque parece que perdemos nuestra libertad, nuestro destino personal.



Por otra parte pretender comprender el pecado, el dolor, la enfermedad, la muerte, parece escandalizarnos de esa contradicción de un Dios todopoderoso, eterno y amoroso. Pero es posible que una vez sorteadas las dificultades de nuestras limitaciones, con la ayuda de la gracia y mediante una infinita confianza, nos podamos acercar a Dios y entonces, a pesar de nuestras dudas lleguemos a encontrar el camino, la verdad y la vida.

Por último, que la bondad meteorológica nos acompañe y sirva para saludar a nuestro Santo Patrón y para que reciba el cariño del numeroso grupo de romeros y devotos en su santuario.

Que San Benito, que nos ha mostrado el camino, que nos ha conducido hasta aquí, haga que nuestra fiesta sea una fiesta en plenitud, una fiesta interior, una fiesta que no tenga fin.

¡¡ VIVA NUESTRO PATRON SAN BENITO !!